



*Epistemological Others, Languages, Literatures, Exchanges and Societies Journal* n°13, novembre 2023

ISSN 2271-6386

Groupe de Recherche Identités et Cultures (GRIC)

Université Le Havre Normandie, France

## **MEMORIAS GLOBALIZADAS: LA VIOLENCIA POLÍTICA CONVERTIDA EN OBJETO DE MUSEO**

**Isabel Piper<sup>1</sup>**

### **Résumé**

Les transitions politiques sont un modèle mondialisé de résolution des conflits, un dispositif de pacification de la société qui fait appel à deux principes : la réconciliation nationale et la mémoire collective (sociale, historique). La construction de lieux de mémoire et de musées est un mécanisme typique de cette stratégie mondialisée.

### **Resumen**

Las transiciones políticas son un modelo globalizado de resolución de conflictos, un dispositivo de pacificación de la sociedad que apela a dos elementos: la reconciliación nacional y la memoria colectiva (social, histórica). La construcción de lugares y museos de memoria son un mecanismo propio de esta estrategia globalizada.

---

<sup>1</sup> Docente e investigadora en el Departamento de Psicología de la Universidad de Chile. Doctora en Psicología Social por la Universidad Autónoma de Barcelona, España. Coordinadora del Grupo de Trabajo CLACSO “Memorias colectivas y prácticas de resistencia”.

## Sobre las transiciones

Lo que se conoce como “proceso transicional” es un modelo globalizado de administración de conflictos del pasado (Castillejo, 2014; Gatti, 2017). Consiste en la aplicación de un conjunto de mecanismos institucionales y culturales de enfrentamiento de la violencia que se busca dejar atrás, reparar sus daños y reconciliar a los sectores en conflicto. Su objetivo es que la violencia quede en el pasado y que **nunca más** vuelva a repetirse. Las estrategias del modelo transicional se fundamentan en la promesa de construir “una nueva nación imaginada” (Castillejo) democrática y pacífica y que la sociedad esté unida.

La **transición** es un proyecto político con vocación re-fundacional. Instala el inicio del camino hacia un nuevo orden, y lo hace promoviendo ciertas verdades: sobre el pasado, sobre la política y sobre los futuros que son posibles. La administración del conflicto se hace construyendo un régimen de verdad (Follegati, 2019) que establece los límites de lo posible y que cambia la forma de enfrentarse a lo político. En este proceso, se ponen en juego al menos dos mecanismos.

- 1) La construcción de un relato que no deje cabida a los horizontes utópicos que guiaban las luchas del pasado. Para eso, se promueve la construcción de una **memoria hegemónica** centrada en el dolor de las víctimas, que deja en un lugar marginal y opaco el recuerdo de las luchas por las cuales sufrieron la represión del Estado. Las estrategias usadas para esto no son originales. Comisiones de la verdad, construcción de archivos de la represión, erección de lugares y museos de memoria, educación en memoria, entre otras. Más adelante profundizaré en la construcción de lugares de memoria como una estrategia ejemplar.
- 2) La reconciliación. El mandato institucional de resolver sus diferencias de manera pacífica, conciliando posturas diversas e incluso antagónicas. La reconciliación es un pilar para la gobernabilidad, y también, para el sostenimiento y la profundización del modelo neoliberal.

La estrategia de evitar la politización y desactivar el conflicto, va acompañada de la sustitución de horizontes políticos como el de revolución o transformación del capitalismo, por el de reconciliación y acuerdo democrático. Para ello, se construye una memoria hegemónica que entrega, dependiendo de las relaciones de fuerza, ciertas “lecciones” a partir del pasado. La principal es el peligro de la excesiva politización de la sociedad, la valorización de la democracia como objetivo político, y la importancia de transar, aunque sean principios éticos. Se acepta la necesidad de renunciar a toda radicalidad en las demandas de cambio, e incluso de justicia. También de aceptar la persecución y aplicación de la violencia del Estado a quien no se plegue a este pacto y con su radicalidad ponga en riesgo la gobernabilidad.

## **Los lugares de memoria como estrategia de reconciliación**

Como ya mencioné, la construcción de una memoria hegemónica del conflicto es una estrategia fundamental para el objetivo refundacional de toda transición política.

La construcción de lugares de memoria –entendidos como espacios en y con los cuales se recuerda– forma parte de ese proceso de construcción de un relato consensuado. A través de ellos y por medio de acciones materiales y simbólicas, se reconstruye y muestra la historia de violencia del pasado reciente, buscando hacer de la memoria un acto normativo y ejemplificador respecto de lo que nunca más debe ocurrir.

El mensaje que se busca transmitir –que suele ser una versión del conflicto y el sufrimiento de sus víctimas– es plasmado en elementos de distintas formas y materialidades. Imágenes, testimonios, objetos de las víctimas, materiales originales de los propios lugares, artefactos culturales de á época, entre otras cosas, son dispuestos de manera a promover una versión del pasado. Los espacios operan como escenarios de enunciación de un guion preestablecido y duradero, así como de realización de acciones de memoria que suelen estar al servicio de ese relato.

La mayoría de los lugares de memoria usan elementos, símbolos e imágenes que configuran un discurso sobre el pasado que remite a la violencia de las guerras o dictaduras, los daños y dolores que ésta produjo, y sus víctimas directas. Se centran en las memorias de las víctimas y su sufrimiento. Esto no es un problema en sí mismo. Pero sí lo es el efecto de construir una narrativa universal y permanente, a través de la cual el derecho a la memoria se clausura en contenidos específicos que deja fuera, o al menos eclipsa, otros recuerdos. Es lo que pasa con las prácticas de resistencia o de procesos históricos que se escapan de los límites temporales establecidos. También con la participación de las nuevas generaciones como agentes constructores de memorias.

El suelo del Museo de historia del Holocausto de Yad Vashem, en Jerusalén, tiene una serie de rupturas del suelo que interrumpen el recorrido por la exposición. Construidas como agujeros en el piso, cruzan horizontalmente el sendero como si fueran heridas o cicatrices que marcan el camino, obligando a quien lo recorre a enfrentarse a aquellos acontecimientos que –según el relato– marcaron la historia del pueblo judío. Al visitante se le explica que las brechas simbolizan puntos de inflexión en el devenir histórico, y en cada una de ellas se exhiben objetos que son “un eco de sucesos ocurridos durante la época del Holocausto”.

Articulando la arquitectura del edificio, los objetos que componen su colección y el relato sobre lo ocurrido, el museo construye una narración sobre el pasado, una memoria. Ésta puede sintetizarse de la siguiente manera: la historia contemporánea del pueblo judío fue marcada por la Shoah y protagonizada por personas inocentes que se convirtieron en

víctimas.

Al observar el sendero marcado por fracturas, me sorprendió la enorme similitud entre dicha metáfora, utilizada para organizar el recorrido por el museo de Jerusalén, y las narraciones que relatan el pasado reciente de algunas de nuestras sociedades latinoamericanas.

Las memorias de nuestro pasado reciente, usan reiteradamente ciertas imágenes y símbolos que hacen referencia a la idea de quiebre, de fractura y de herida. He postulado que nuestros relatos del pasado se articulan en torno al argumento de que la violencia de la dictadura dejó una marca, una huella y una cicatriz, que opera como determinación de lo que somos como sociedad y de la identidad de sus víctimas directas: es decir, opera como una **retórica de la marca**. Esta retórica contribuye a la construcción de *la víctima* como el actor principal de nuestra historia, como el/la narrador/a más legitimado/a para contarla, y como el sujeto de las políticas de memoria y reparación. Su reconocimiento es el símbolo de la reconciliación.

Me atrevo a aventurar la hipótesis de que metáforas y referentes similares son utilizados en la construcción de relatos sobre conflictos políticos violentos en los pasados recientes de diversos países latinoamericanos. Ellos explican cómo la violencia habría fracturado la convivencia social dejando una marca, un legado, que tendría que ser elaborado y reparado por las transiciones. Establecen los hechos que operan como el quiebre, y definen a sus víctimas. Es decir, construyen una retórica de la marca. La mayoría se centra en la denuncia de las violencias, el dolor de las víctimas, la urgencia de sanar sus heridas, y la importancia de la memoria, la reparación y la reconciliación para garantizar la no repetición.

No deja de sorprenderme cuando encuentro museos y lugares de memorias en diversas latitudes que escenifican la retórica de la marca, con las víctimas ausentes como actores principales del espacio.

A fines de los noventa, Andreas Huyssen habló de una **globalización de la memoria**. Sostenía que el discurso del holocausto nazi operaba como un *tropos* universal que ha totalizado los discursos locales sobre memoria. Éste se usa como un prisma a través del cual interpretamos otros genocidios, aunque se trate de situaciones locales, lejanas en términos históricos y diferentes en términos políticos.

Sostengo que la construcción de museos y lugares de memoria forman parte de esta **transnacional de la memoria** y su tecnología constructora del sujeto víctima, estrategia fundamental para las transiciones políticas. Es importante preguntarse por el parecido de museos de memoria tan distantes geográficamente y diferentes en los procesos que recuerdan como son el de Chile, de Israel, Perú, Francia, España y Bosnia (por nombrar solo algunos).

La mayoría de ellos se organizan en torno a un guion común –la experiencia traumática como marca y fractura de la historia– y en torno a un actor/actriz común –la víctima–. Esto recuerda el argumento de Huyssen según el cual el Holocausto, en tanto *tropos* universal de la historia traumática, se habría desplazado hacia otros contextos no relacionados, algunas veces encubriendo las historias locales específicas.

Se trata de un modelo memorial fundado y sostenido en la memoria como un **deber moral** del cual se deriva por un lado el imperativo de construir un relato transmisible único y, por otro lado, el establecimiento del daño y el dolor individual como el activo esencial de la memoria.

Estos tres elementos –**memoria imperativa, unicidad discursiva y dolor director**– se han ido constituyendo en un guion canónico que opera casi como un principio universal. El consenso en torno a ellos es quizás lo que explica, al menos en parte, que esos elementos formen parte del guion de los museos y memoriales sobre diversas guerras, genocidios, dictaduras y enfrentamientos armados a lo largo del mundo.

Los museos de memoria son espacios simbólicos y de difusión propios de la **ideología de la reconciliación**. Han producido sus propios ritos, simbologías, arquitecturas, escenarios y textos. Es un tipo de museo especial, difuso y a menudo sin límites formales. Su colección no está constituida por objetos que muestran una realidad, sino por alegorías que evocan la memoria hegemónica asumida por el Estado (Vinyes, 2014: 63). El historiador catalán Ricard Vinyes usa el concepto de *museo sincrético*. Se refiere a un universo simbólico que asume y representa la conciliación de todas las opciones, ideas, éticas políticas. Se trata de un área de fusión de memorias, de un espacio autoritario que no expresa la pluralidad de memorias que conviven en cada sociedad. Lo que hace es unificar y confundir todas las memorias diluyéndolas en un discurso único: el relato del éxito colectivo de acabar con el conflicto gracias al dolor, el sacrificio y la renuncia.

Este discurso unificado presenta la memoria hegemónica de su sociedad de tal manera que la pluralidad de recuerdos queda diluida en un relato sobre el quiebre y el trauma. Al mismo tiempo, la pluralidad de sujetos queda subsumida en *la* víctima. Es un discurso que abstrae la violencia del contexto histórico en que se genera, produciendo un espacio de consenso moral en torno al sufrimiento de las víctimas. Estas últimas son recordadas precisamente por haber sufrido la violencia en carne propia, y no así por sus opciones éticas o sus acciones políticas. A su vez, son subsumidas en una sola voz hegemónica produciendo una homogeneización de dicha categoría.

## Bibliografía

CASTILLEJO, Alejandro. “Imaginación Social del Futuro. Notas para una comisión de la verdad en Colombia”. En J.D. Antequera Guzmán (Ed.), *Detrás del espejo. Los retos de las comisiones de la verdad* (pp. 35-54). Bogotá: Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, 2014.

FOLLEGATTI, Luna, “¿Postdictadura o transición? Propuestas conceptuales para la historia actual”. En J. González Arellano, N. Del Valle Orellana y D. Gálvez González (Eds.), *Golpes a la memoria: Escritos sobre la postdictadura chilena* (pp. 219-239). Santiago: Teje, 2019.

GATTI, Gabriel. “Víctimas viajeras en la España del siglo XXI: Lenguajes y personajes transnacionales para habitar el sufrimiento (y hablar de él) en la era de la Razón Humanitaria ». En A. Castillejo Cuéllar (Ed.), *La ilusión de la justicia transicional: perspectivas críticas desde el Sur global* (pp. 411-430). Bogotá : Universidad de los Andes, 2017.

HUYSEN, Andreas. *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.

VINYES, Ricardo. “La buena memoria. El universo simbólico de la reconciliación en la España democrática. Relatos y símbolos en el texto urbano”, *Revista Ayer* N° 96 (pp. 155-181), 2014.